



YMBERT GALLOIX*

VICTOR HUGO

Ymbert Galloix era un pobre jóven ginebrino, hijo ó nieto, si no nos engaña la memoria, de un viejo profesor de caligrafía del país. Un pobre ginebrino, decimos, bien educado y no falto de instruccion, que llegó á París, hace seis años, sin recursos para mas de un mes, pero imbuido en la idea que ha engañado á tantos otros, que París es una ciudad de suerte y de lotería en que todo el que sabe manejarse acaba por obtener un premio; metrópoli bendita donde hay porvenir para todos, no requeriéndose otra cosa que ajustado á su existencia; tierra de promision que abre magníficos horizontes á todas las inteligencias en cualquiera direccion; vasto taller de la civilizacion donde todas las capacidades hallan ocupacion y hacen fortuna; océano do se opera todos los dias la pesca milagrosa; ciudad prodigiosa, en una palabra, ciudad de éxito rápido y de excelente actividad, de la cual, en menos de un año, el hombre de talento que penetrara en ella descalzo sale en coche.

El sugeto que nos ocupa llegó á París en octubre de 1827, y murió de miseria en igual mes de 1828.

No se tome á hipérbole lo que decimos: ese jóven murió de miseria en París. Esto no quiere decir que algunos hombres de las clases inteligentes y humanitarias á quienes se da el vago nombre de artistas, ni algunos jóvenes de la clase pensadora y

estudiosa, en medio de los cuales fué á parar á su llegada á París, desconocido para todos, no le hubiesen recibido con un afectuoso apretón de manos, dándole buenos consejos, auxiliándolo y brindándole sus recursos cuando sentía hambre, abriéndole su corazón cuando asomaban las lágrimas á sus ojos. Inútil es manifestar aquí que varios de ellos proveyeron á su última mesada de alquiler y á los gastos de su postrera enfermedad, y que nadie tendrá que reclamar el importe de su ataud. Mas, ¿no es acaso esto morir en la miseria?

A su llegada á París presentóse sin recomendación de nadie, con alguna confianza, en tres ó cuatro casas. Hé aquí á este propósito lo que nos decía no hace muchos días uno de los que lo han acogido en sus primeras ilusiones y asistido en sus últimos momentos:

—Érase una mañana asaz fría del mes de octubre de 1827: me hallaba almorzando, cuando se abre la puerta del comedor y penetra en él un jóven, de porte un tanto encorvado, ojos brillantes, negra cabellera, mejillas coloradas, vestido con una levita blanca en bastante buen uso y un viejo sombrero. Levantéme y le invité á sentarse. El presentado balbuceó algunas palabras entrecortadas, de las cuales solo distinguí claramente: Ymbert Galloix, Ginebra, París. Comprendí que aquel era su nombre, y que la primera de las ciudades citadas había lo visto nacer y deseaba adquirir plaza de hombre en la última. Empezó á hablarme sobre asuntos poéticos. Llevaba un rollo de papeles bajo el brazo. Acogíle complacientemente. Solo noté una cosa, á saber: que ocultaba sus piés debajo la silla con embarazo y casi avergonzado. De vez en cuando tosía. El día siguiente, á pesar de llover á mares, el jóven volvió á presentarse, permaneciendo tres horas á mi lado. Gastaba muy buen humor y mostrábase harto ilusionado. Hablóme de los poetas ingleses, á los que apenas conozco, exceptuando Shakspeare y Byron. Tosía con mas fuerza que el día anterior, y proseguía en la manía de ocultar sus piés bajo la silla. Al cabo de tres horas noté que sus zapatos estaban rotos y que penetraba por ellos el agua. No me atreví á cuestionarle sobre el particular.

Despidióse de mí sin hablarme mas que de los poetas ingleses.

De idéntico modo presentóse en otras casas, es decir, en la morada de tres ó cuatro individuos dedicados especialmente á los estudios de arte y de poesía. Fue bien recibido en todas partes, alentado siempre, á menudo auxiliado. Con todo, esto no le impidió morir

de miseria, —de miseria, ni mas ni menos, — como dijimos mas arriba.

Lo que le caracterizaba en los primeros meses de su estancia en París, fue una ardiente y febril curiosidad.

Quería ver París, oírle, respirar su hálito, palparle. Nó el París que habla de política, lee el Constitutionnel y está de guardia en la Alcaldía; nó el París que admiran los provincianos desocupados, París monumental, París San Sulpicio, París Panteon ; ni tampoco el París de las bibliotecas y museos. Lo que llamaba ante todo su atención, lo que despertaba en primer término su curiosidad, lo que examinaba é interrogaba sin cesar, es el pensamiento de París, su misión literaria, su misión civilizadora, su progreso siempre creciente.

Los estudios que mas preocupaban á dicho jóven eran los relativos al nuevo desarrollo del arte. Por doquiera que oyese el estampido de un yunque literario, allí volaba, prodigando sus ideas y dejándolas machacar á voluntad por la discusión: con frecuencia, á fuerza de martillarlas, las deformaba, Ymbert Galloix es uno de los ejemplos mas notables del peligro que lleva en sí la controversia para los espíritus de un orden secundario. A su muerte, en su cerebro no quedaba una sola idea recta.

Lo que le caracterizó los últimos meses de su residencia en París, que fueron los postreros de su vida, es un profundo desaliento. Nada quería ver, ni oír, ni decir. En poco tiempo, por una transición cuyo misterio dejamos que profundice el lector, el pobre jóven habia pasado de la curiosidad al tedio. Al llegar á este punto de nuestro relato se nos ofrecen varias dudas que vamos á proponer sin tratar de resolverlas

¿Qué habia contribuido á desilusionarlo?

¿Era la causa interna ó externa? ¿Habia dejado de creer en él ó en el universo? París, despues de examinado, ¿habíale parecido muy grande ó muy mezquino? ¿Habíase considerado demasiado débil ó demasiado fuerte para lanzarse alegremente al trabajo en este taller inmenso de la civilización? ¿La medida ideal que llevaba en sí mismo habíase encontrado demasiado baja ó demasiado alta al sobreponerla á las realidades de una existencia que habia de fabricarse y una carrera que debía empezar á recorrerse? En una palabra, ¿era temor ó desden la causa de la inacción voluntaria que apresuró su muerte? Lo ignoramos. Lo cierto es que, despues de haber estudiado bien á París, cruzóse enteramente de brazos y se negó á trabajar.

¿Fue pereza? ¿fue cansancio? ¿fue estupor? Opinamos que las tres cosas á un tiempo. No habia encontrado, ni en París ni en sí mismo, lo que buscaba. La ciudad que

creyera ver en París no existía; el hombre que suponía haber visto en él no se presentaba. Desvanecido su doble ensueño, evocó la muerte.

Decimos que evocó la muerte. En efecto: su muerte, tanto física como moralmente, fue una especie de suicidio. Permítasenos mantener velado parte de nuestro pensamiento. El hecho es que se negó á trabajar. Habíasele procurado trabajo ¡miserable trabajo, es verdad, en el que se gastan tantos jóvenes capaces tal vez para grandes empresas), es decir, el ocuparse en la confeccion de diccionarios, de compilaciones, de biografías de personajes contemporáneos, trabajo retribuido á ochenta reales la columna. Durante algun tiempo trató de escribir algunas líneas para esos libros inacabables. Luego le faltó el ánimo y no quiso continuar. La ociosidad se apoderó invenciblemente de él, así como el viajero se ve rendido por el sueño en medio de la nieve. Una enfermedad lenta que le minaba desde la infancia se agravó, apareciendo la fiebre. Al cabo de dos ó tres meses habia dejado de existir.

Contaba entonces veinte y dos años.

Propiamente hablando, el país de su eleccion no era la Francia, sino Inglaterra. Soñaba en Londres, nó en París. Esto resalta en las líneas que nos ha dejado. En los últimos momentos de su existencia, cuando el sufrimiento empezaba á desorganizar su razon, cuando sus ideas semi-apagadas solo iluminaban débilmente su agotado cerebro, decia ¡extraña quimera! que la primera condicion para ser dichoso consistía en haber nacido en Inglaterra. Quería ir á Inglaterra para obtener el título de lord, de gran poeta y hacer fortuna. Estudiaba el inglés con gran ardor, única tarea á que habia permanecido fiel. El dia de su muerte, sabiendo que eran contados los momentos de que podía disponer, no por eso dejó de repasar su leccion de inglés. ¿De qué habia de servirle?

Ymbert Galloix ha muerto triste, anonadado, desesperado, sin una vision de gloria en la cabecera de su lecho. Habia enterrado algunas columnas de prosa bastante vulgar, decia, en el mas oscuro rincon de una de esas torres de Babel literarias que nombran los editores Diccionario biográfico. Estaba bien persuadido de que nadie seria osado á desenterrar aquella prosa. En cuanto á los escasos ensayos poéticos que brotaron de su pluma en los últimos dias de su vida, en medio de su desanimacion hablaba de ellos con tristeza y harta severidad. Su poesía, en efecto, solo se producía en forma de bosquejo. En la oda, su musa era demasiado jadeante y tenia poco aliento para correr firmemente hasta el final de la estrofa. Su pensamiento,

desgarrado siempre por laboriosos alumbramientos, solo llenaba con mucho trabajo las sinuosidades del ritmo, dejando amenudo lunares por todos lados. Poseía curiosidades de rima y de forma que en talentos consumados pueden constituir nueva cualidad, preciosa sin duda, mas despues de todo secundaria y que no suple ninguna cualidad esencial. No basta que un verso tenga buena forma; es absolutamente preciso, para que se exhale de él cierto perfume, colorido y sabor, que encierre una idea, una imágen ó un sentimiento. La abeja construye artísticamente los seis panales de su alvéolo de cera, y luego lo llena de miel. El alvéolo es el verso; la miel la poesía. Galloix estaba mas en su centro en la elegía: entónces, solia acontecer que palpitara su poesía al par de su corazon. Empero tambien carecia muy amenudo de la facultad de expresarlo todo. En general, su cerebro resistíase á la produccion literaria propiamente dicha. A veces, á fuerza de sufrimientos, el pobre poeta trocábase en hombre, su elegía en confidencia, su canto en exclamacion. ¡Bello espectáculo!

Como no tenia fe en el valor esencial y duradero de su prosa ó de sus versos, como no habia tenido tiempo de realizar ninguno de sus sueños de artista, murió con la conviccion desconsoladora de que ninguna de sus obras le sobreviviría.

Vivió engañado.

Hános quedado de él una carta.

Carta admirable, á nuestro entender, carta elocuente, profunda, de un cerebro enfermo, febril, dolorosa, loca, única; carta que es la historia de un alma, de una vida, de un moribundo; carta extraña, verdadera carta de poeta, llena de visiones y rebosando verdad.

El amigo á quien la dirigió Ymbert Galloix ha tenido á bien confiárnosla. La insertamos al pié de estas líneas. Dicha carta dará á conocer mejor á Ymbert Galloix que cuanta pudiéramos decir nosotros. La insertamos sin quitarle punto ni coma, con las repeticiones, los neologismos, las faltas gramaticales (no está exenta de ellas), y todas las dificultades de expresion propias del estilo ginebrino. Las dos ó tres supresiones que observará el lector han sido impuestas al que estas líneas escribe por conveniencias rigurosas que todos aplaudirían. Háse tratado de que esta publicacion, llevada á cabo únicamente en interés del arte, fuera lo mas impersonal posible. De consiguiente, los nombres propios escritos con todas sus letras en el original, aquí solo aparecen por medio de iniciales, para no herir susceptibilidades.

Hechas estas salvedades, volvemos á repetir que la esencia de la carta ha sido religiosamente respetada. No se ha cambiado de ella ni una sola palabra, ni desfigurado ningun detalle. Creemos que será leída con el interés que nos ha inspirado á nosotros esa confesion misteriosa de un alma que se asemeja muy poco á las otras almas, y que sin embargo nos retrata á casi todos. Esto es, á nuestro entender, lo que caracteriza tan extraña carta. Es una excepcion, y se asemeja á lo usual.

París, 11 diciembre 1827.

Mi pobre D...

Dias hace que me propongo escribirle, pero el dolor, la enfermedad de que adolezco, las distancias de París que roban á uno la mitad del dia, todo esto háme lo impedido. ¡Oh! ¡cuánto sufro y cuánto he sufrido! Es imposible que piense dar ilacion á mi carta, ni pintar á usted el estado de mi alma, materializando con frases heladas esas dolorosas y perpetuamente sucesivas impresiones, sensaciones, terrores, abismos de melancolía, de desesperacion, etc. Estamos hoy á 11 de diciembre: son las tres. He andado, he leído, hace un tiempo magnífico, y sufro horriblemente. Llegué aquí el 27 de octubre; así pues, un mes hace que languidezco y vegeto sin esperanza. Durante horas, durante dias enteros mi desesperacion tenia visos de locura.

Cansado, atormentado física y moralmente, encogida el alma erraba sin descanso por esas calles fangosas y ennegrecidas, desconocido y solitario en medio de una gran multitud de seres que tampoco se conocen.

Cierta noche, apoyéme en una de las paredes de un puente del Sena. Millares de luces prolongábanse al infinito, el rio seguía su curso. Sentíame tan cansado que no podia dar un paso, y clavado en aquel sitio, obligado á sufrir las miradas de los transeuntes que probablemente me tomaban por loco, era tal mi sufrimiento que ni fuerzas tenia para llorar.

A veces se chanceaba usted en Ginebra tocante á mis sensaciones. Pues bien: aquí las devoro en la soledad. Ellas me atormentan, me agitan sin cesar, y todo se mancomuna para destrozarme el alma; ese sentimiento inmenso y continuo de la nada de nuestras vanidades, de nuestras alegrías, de nuestras penas, de nuestros pensamientos; la incertidumbre de mi situacion, el temor a la miseria, mi enfermedad nerviosa, mi oscuridad, la inutilidad de los pasos que doy, el aislamiento, la indiferencia, el egoísmo, la soledad del corazon, la necesidad de respirar al aire

libre, el perfume de los campos, de los montes, las mismas ideas filosóficas, y por encima de todo esto ¡oh! los recuerdos lacerantes (1) del país de nuestros mayores. Hay momentos en que sueño en todo lo que he amado, en que me paseo por San Antonio, en que acuden á mi memoria todos mis dolores de Ginebra, y las alegrías que allí he disfrutado, aunque bien raras por cierto. Momentos en que las facciones de mis amigos, de mis padres, algun lugar consagrado por un recuerdo, un árbol, un peñasco, el rincon de una calle ofrécese ante mi vista; y vienen á despertarme de mi letargo los gritos de un aguador de París. ¡Oh! ¡cuánto sufro en aquellos instantes! A menudo, al penetrar en mi cuarto solitario, fatigado de cuerpo y de espíritu, déjome caer en una silla, y empiezo á soñar, pero con sueño amargo, sombrío, delirante. Todo me recuerda á mis pobres padres á quienes tantas penas he causado; los cuidados de la lavandera, etc., etc., todo esto rae ahoga. ¡Cambiadas las horas de la comida! ¡Oh ! ¡Cómo echo menos mi habitacioncilla de Ginebra donde tanto sufrí, y la clase, y mi tío, y el rincon de su casa donde nos calentábamos, y los rostros conocidos, y las calles familiares. Con frecuencia una nadería, la vista del objeto mas trivial, de unas medias, de unas ligas, todo esto revive en mí (1) La palabra está subrayada en la carta que tenemos á la vista.

el pasado, y me agobia con el dolor presente. ¡Triste destino del hombre que encuentra á faltar lo que no tardaria en maldecir si lo tuviera! Ni siquiera puedo gozar de mi dolor; el espíritu analítico está siempre aquí para mi desencanto. Aburrimiento de un alma marchita á los veinte y un años; áridas dudas, vagos lamentos de una felicidad entrevista mas vagamente aun, como esas glorias del poniente sobre la cima de nuestras montañas; dolores positivos, dolores ideales, persuasion de la infelicidad arraigada en el alma, certeza de que la fortuna, aunque constituye un gran bien, no nos procuraria dicha completa: hé aquí lo que atormenta mi pobre alma. ¡Oh mi único amigo! ¡cuán desdichados son los que nacieron rodeados de desdichas!

Y con todo, por momentos parece que resuena en mis oidos música aérea, que melancólica armonía extraña al torbellino de los hombres vibra de esfera en esfera hasta mí; parece que una posibilidad de dolores tranquilos y majestuosos se ofrece al horizonte de mi pensamiento como los rios de lejanos países al horizonte de la imaginacion. Mas ¡todo se desvanece ante la cruel realidad de la vida positiva, todo! Cuántas y cuántas veces he dicho con Rousseau: ¡Oh

ciudad de lodo y de humo! ¡Cómo ha debido sufrir aquí aquella alma tierna! Aislada, errante, atormentada como yo, pero menos desgraciada de sesenta años en un siglo sério y lleno de grandes acontecimientos, gemiría en París. En él gimo yo, y otros me seguirán. ¡Oh la nada, la nada!

Sin embargo, he tenido dos ó tres momentos de éxtasis. Un día, en el teatro de la Opera, la encantadora música del Asedio de Corinto hízome olvidar mis penas. Ya sabe usted cuánto me gusta la elegancia, la suntuosidad, los títulos, en fin, todo lo que nos coloca en un mundo tan bello como es posible aquí abajo, á lo menos exteriormente. Pues bien: esas impresiones que me procuraban en Ginebra tantas fisonomías extrañas y distinguidas, tantas almas bellas, tantos personajes encoquetados, tantas libreas y trenes, en fin, ese espectáculo encantador de las galas de la civilización en medio de las galas de la naturaleza, espectáculo que convierte á Ginebra en ciudad única en Europa relativamente á su extensión, esas impresiones, solo he vuelto á encontrarlas en París en el teatro de la Opera, y leyendo otra vez la vida de Alfieri escrita por el mismo, que hacia cuatro años no habia hojeado. ¡Cuántas cosas me han pasado así como á los demás mortales en esos cuatro años!

Encontrábame, pues, en el teatro de la Opera. Las ilusiones de la música, la magnificencia del local, los tocados y fisonomías que asomaban en los palcos, todo esto me trastornaba, creyéndome príncipe, rico, honrado: los pórticos de un mundo que solo tiene belleza para mí porque ignoro sus misterios, dibujábanse á mi vista rodeados de una auréola de elegancia y de esmero. Habíame olvidado de mi verdadera situación, ó mas bien procuraba convencerme de que iba á acabar. Aunque rodeado por los sencillos espectadores del patio, con alma y vida estaba yo en los palcos. Solo veia por encima de mi cabeza. Encontrábame sumido en un océano de ilusiones, de esperanzas desmesuradas, de armonía, de esplendores, de vanidades, etc. Semejante estado duró media hora. ¡Oh! ¡cuán tristes y amargos fueron los momentos que siguieron á aquél! Otro tanto puede decirse de la vida errante de ese rico, noble y desgraciado Alfieri. Véase siempre rodeado de nobles embajadores, de ayudas de cámara, y emprendiendo viajes en silla de posta, etc. ¡Oh! ¡qué suerte ser desgraciado con treinta mil francos de renta! No, nó; perdóneme esta frase. No ignora usted cómo sé despojar las desdichas de su envoltorio positivo, contemplándolas en toda su horrorosa desnudez, que

es una misma para todas las condiciones cuando el alma encierra algo que late con mas fuerza para nosotros que para la multitud. Las sensaciones me agobian. Abandono la pluma; voy á soñar. Ríase usted en buen hora, pues en esto me reconoce por completo, ¿no es así?

Vuelvo á tomar la pluma hoy 27 de diciembre. Estoy sufriendo incesantemente. He tenido momentos terribles; mas no quiero fatigar á usted con mis lamentos. Son las doce y algunos minutos de la noche. Así pues, ha entrado el dia

28. ¿Qué importa? Algunos coches se arrastran todavía por esas calles; pero la gente ya ha salido del Odeon. Reinan la tristeza, el invierno, la soledad y negra noche. Estoy en

vela junto al hogar de un piso cuarto de la calle Fossés-Saint-Germain-des-Prés. Mi habitacion, asaz elegante, está

aislada, encontrándome frente á frente de mi tristeza y de

mi aburrimiento. ¿Creereis que no siento nada por las mujeres? Ni el mas pequeño deseo físico. Preciso es que el

dolor me absorba por completo. Empero, seria fácil que me

lanzara á nuevos ensueños. Vamos al caso. Hace mucho

tiempo que estoy íntimamente ligado con ***

Asimismo únenme estrechos lazos con C. N. Éste es todavía mas expansivo que ***; le agradaría á usted mas, sobre todo á primera vista. Asómanle á N—con frecuencia las lágrimas en los ojos cuando habla. Posee lo que usted llama humectante en toda su persona.

Muéstrame paternal afecto. Tal vez podría reprochársele su demasiada indulgencia hácia las medianías, pero esto es efecto de su gran bondad.

*** caeria en el exceso contrario, no viendo con agrado, presumo, al hombre que juzgara ordinario. Usted me dirá que hay en esto su parte de amor propio; mas si para escribirle me viese obligado á velar mi pensamiento, mas valiera que abandonase la pluma y me callara.

Las veladas de los domingos pásolas en casa de N—. Allí se reunen varios literatos. En aquella reunion he conocido á la señora T—, he conversado con E—D—, con

P—, el baron T—, el señor de C —, sábio ilustre, que se toma mucho interés por mí; con el señor de R—, anticuario é historiador. Finalmente, M. J—, que tambien conocí en aquella tertulia, es un amigo que creo haber adquirido. Es hombre colosal por el pensamiento. Si tuviera alguna mas poesía en el alma, no titubearla en considerarlo como un hombre sorprendente. Usted ha leído sus artículos sobre Walter Scott y otros escritos de él. No es pequeña indemnizacion para mis penas haber obtenido el aprecio de hombre semejante, tanto mas cuanto que á primera vista se muestra frio, árido, y sobre todo enemigo acérrimo de las medianías, á las cuales desprecia, aunque hayan adquirido celebridad. M. J— se parece á L—; su rostro es hermoso. Debajo de su aridez ocúltase el humectante, y en todo él, en su acento, en sus maneras, un tinte montaraz é inglés. Su patria es el Jura, habiendo visitado con frecuencia á Ginebra. Simpatizamos por el pensamiento, por las inducciones, y por la dificultad de expresar lo que sentimos

.....

Ocupémonos nuevamente de N—. Solo me toca decir respecto á él, que sus maneras y aficiones son las de un gentilhombre del campo. Le he prestado sus poesías, que le han agradado mucho. P. L— va á publicar sus Viajes á Grecia, en verso. He oido la lectura de un fragmento, el cual es encantador, poético como las concepciones de lord Byron; mas carece del pensamiento fecundo y del genio vasto y doliente que nos hiere la garganta en el bardo inglés y en su rival de Florencia. M. L— se parece á Goethe (en esto reconocerá usted mi manía de las comparaciones). Lee sus versos de una manera especial y encantadora; es sencillo, reposado, reservado, y tiene algo de protestante en su persona. Ha viajado mucho. Tiene en cartera una coleccion de poesías, empero repugna publicarlas todas, pues las encuentra demasiado individuales. Se ha complacido mucho en mi vida. Diré á usted de paso que *** y N— tal vez hacen mas caso de mis poesías de lo que se merecen. Tengo algunas nuevas, escritas en Ginebra ó en París. Soy muy amigo de B—,

hijo del poeta, hombre de mucho ingenio. F—
da á la escena su P—dentro de un mes. Es un drama
romántico. F—ha visitado el Cabo y la Martinica; por
otra parte, es un hombre de maneras poco distinguidas.
Tiene un poema en cartera. No puede negarse que
naturaleza hále dotado de talento juvenil y agradable,
mas para que nos gusten sus poesías preciso seria no
conocerle. ¡Qué desencanto! Recuerdo que su Pescador,
antes de que Verre partiera á Rusia, nos hizo derramar
lágrimas; y por mi parte concedía al autor algo de
ideal, no habiendo visto jamás aquel nombre y
leyéndolo al pié de una composicion soñadora y
marítima: habíamelo figurado un jóven ondino, etc.; y
es una mezcla de comun y de soldado. V—(con quien
pasé una hora en casa de ***) es hombre de siete pies
de estatura. Cuando dirige la palabra á un hombre
honrado, su estómago tiene la forma de arcada y sus
rodillas la de un triángulo. Si está sentado, divídese en
dos pedazos que forman el ángulo agudo. Añada
usted que no dice media docena de palabras sin
intercalar un así; que es hombre de buen tono, del antiguo
régimen, y flaco como un lagarto. Da miedo el contemplarlo.
No ignora usted que es autor del delicioso
juguete intitulado Sainte-P—. Conoce á L—. A—, el
historiador duelista, que tiene trazas de un carnicero
civilizado. Algo de áspero, y sin embargo imponente,
caracterízalo. Ya no me queda sitio para hablar á usted
de A—de los Y—, padre é hijo, de D—y M—, redactores
del G—, y de otros varios literatos conocidos míos. Dos
palabras sobre S—: es un hombre que me parece una
mezcla de charlatan, de iluminado, de Durand, de
Swedenborg, y asimismo de verdadero poeta. Posee
un notable talento descriptivo. Solo he tenido una
entrevista con él, y esto me basta. Verdad es que la
conversacion ha durado tres horas. Empero hay una
dosis demasiado fuerte de crema batida en aquel
cerebro para que no me divierta en hacerla espumear
todavía mas. Voy á ser presentado á Benjamín Constant
por C—, buen mu- chacho (redactor de la. Rev—Prot—).
Creía hallar en C— un grave pastor, y me he encontrado con un
atolondrado, pero á lo menos este es un aturdido
espiritual y de mérito, aunque falto de genio. Mil
cosas interesantes me acuden á la memoria, mas
fuerza es que cierre esta carta.

Sus Melodías han visto la luz pública. Linda edicion.
Hélas leído y releído con gran placer. Merecieron un
artículo por parte de la R. Estoy escribiendo uno para el
F., y las he recomendado al G. Se hablará de ellas en
la N. Pero para su completo éxito necesitaríanse
encomiadores de que usted carece. Temo que se venda

un corto número de ejemplares. Es tal el descrédito de la poesía en los tiempos que alcanzamos, que para formarse idea de ello es preciso vivir en París. Aquí nadie lee versos, todavía menos, mucho menos que en Ginebra. Y aun se compran menos los libros de poesías. L., D. y *** son las únicas excepciones de la regla. Por otra parte, en París todo el mundo escribe en verso. Se leen tantas poesías inéditas, que un autor extraño, sin mas protección que su talento, difícil es que se abra paso. Su alejamiento de París es perjudicial para el éxito del libro que acaba usted de imprimir, pero favorable á su dicha. La gran Babilonia disgustaría á usted enseguida, llenándole de lodo, de cansancio y de tristeza. Ignoro el estado que guarda su alma en Florencia, pero de fijo que se encontraría mas restringida en París; sin hablar de lo dificultosa que es aquí la vida. Hasta ahora nada gano, y sin embargo no me faltan amigos verdaderos que se afanan en procurarme alguna ocupación. Me han dicho que estaba usted en intimidad con L—. Descríbamele usted desde el nudo de su corbata hasta la punta de sus pantuflos. ¿Por ventura es como yo le he soñado, un lord Byron francés, la apatía, la vanidad, la afectación, la desdicha, un pensamiento devorador, genio á raudales, buen tono, elegancia, en fin, una atmósfera poética extraña que nada tiene de comun con la turbia atmósfera de nuestros literatos de París? ¿Acaso no es L—el ideal de mi alma, donde me complazco en encontrar hasta esos defectillos de vanidad, de pueril afectación que antes detestaba usted, y que acabó por descubrir en usted mismo, así como se descubrirán siempre en la mayor parte de los poetas dotados de espíritu analítico y de la buena fé del hombre superior? Es la una y media; interrumpo mi carta. Pienso decir á usted todavía dos palabras al respaldo de las cuartillas de las dos elegías que van inclusas en la presente.

.....
.....

Amigo mio, prosigo mi carta mucho tiempo despues de empezada y continuada. Son las ocho de la noche, y estamos á 31 de marzo. El dolor me enloquece; mi desesperación sobrepuja á mis fuerzas. Hoy he sufrido lo que no es decible. En fin, un acceso de fiebre se ha apoderado de mí esta noche: exceso de las penas morales. Óigame usted. ¡Si á lo menos pudiera persuadirme de que algun día seré dichoso! Empero el porvenir oscurece el presente. Usted me conoce, y está al tanto de las singularidades de mi carácter. Acabo de hacer un descubrimiento, y es: que realmente no soy

desgraciado por tal ó cual cosa, sino que dentro de mi sér albégase, un dolor permanente que toma distintas formas. No ignora usted cuántas cosas hasta el presente hánme hecho desgraciado, ó mas bien de cuántos modos el hígado, la bilis, ó en fin, el principio que me atormenta se ha reproducido. Unas veces, ya lo sabe, afligíame por no haber nacido en Inglaterra; otras de no ser apto para las ciencias; con mas frecuencia de no ser rico, de tener que luchar con la miseria y las preocupaciones, de ser desconocido. Tampoco ignora que hallándome en Ginebra parecíame que si alguna vez lograba pisar el suelo de París habia alcanzado la felicidad. Pues bien, amigo mio: tengo relaciones con casi todos los mas distinguidos literatos; algunos de ellos, tales como ***, C. N—, etc., son amigos ilustres con los que estoy casi tan familiarizado como con usted. De consiguiente, está satisfecha mi vanidad; amenudo en los salones tengo momentos de satisfaccion mundana; finalmente, á veces me he embriagado con los pequeños triunfos, triunfos fugaces, que proporciona una velada; y á pesar de todo, el fondo, la casi totalidad de mi vida es, no diré una desdicha, sino árido cáncer. Líquido plomo corre por mis venas; si pudiera contemplarse mi alma, infundiría compasion; temo volverme loco. Desde que me encuentro aquí, mi dolor ha tomado cinco ó seis formas distintas: primeramente torturábame el recuerdo de la patria, y mi incertidumbre respecto al porvenir; enseguida el sentimiento de mi aislamiento, de mi nada; luego un vacío ocupado por ese horroroso tumulto de sensaciones de que tanto le he hablado; por último, desde hace dos meses todas mis facultades de dolor hánse reunido en un punto. Apenas si me atrevo á confesárselo á usted, tan grande es la locura; empero le ruego que solo vea en ello una forma del dolor, una de las apariencias de la úlcera que me corroe: no me juzgue usted segun las reglas comunes; fíjese en el mal y nó en su objeto. Ese punto central de mis males es no haber nacido inglés. No se ria usted, se lo ruego: ¡sufro tanto! Las personas verdaderamente enamoradas son monómanos como yo, sin mas que una idea, la cual absorbe todas sus sensaciones. En cuanto á mí, cuya alma ha estado expuesta por tanto tiempo á tan variado tumulto, tambien soy monómano ahora.

He leído recientemente Valeria, de madama de Krudener; no puedo expresar á usted las sensaciones que me ha causado. Ese libro sorprendente habíame aburrido en otro tiempo; ahora me ha partido el corazon. Y es que Gustavo, lo mismo que yo, aparece

víctima de una pasión devoradora, ó mas bien de una energía de sensaciones que le devoran, y que se ha inclinado hácia un alimento natural, el amor, mientras que esa misma energía, luchando en mi alma con el vacío, solo produce fantasmas. Leí aquella novela á la luz de los primeros rayos del sol primaveral, en las vastas y tristes alamedas del Luxemburgo. A cada paso deteníame agobiado. Voy á explicar á usted el origen de mi pasión por la Inglaterra. En primer término usted no ignora que me complazco en revivir con los muertos, en conocer su vida pasada, en habitar con ellos, en seguirlos en las circunstancias de su existencia, en crearme, en fin, simpatías que la ilusión del tiempo engalane y que la presencia de los individuos no pueda destruir. Por lo tanto, en Inglaterra podría disponer á lo menos de cincuenta poetas de una vida aventurada, y en cuyas obras rebosan la imaginación, las ideas, etc.; en Francia no cuento con tres. Además de esto, tendría una patria que hubiese amado basta la preocupación, tanta es la poesía que encierran las vetustas costumbres inglesas y tanta la imaginación que descuella en todo lo que á aquel país atañe. En primer término, en vez de una literatura, cuéntanse cuatro: la americana, la inglesa, la escocesa y la irlandesa; y á pesar de emplear un mismo idioma, cada una de ellas tiene distinto carácter. ¡Cuántas riquezas literarias! La vida del maniático Cowper, tan gran poeta, ha sido escrita en tres volúmenes en octavo; la de Johnson en cuatro. Según Walter Scott, la biografía de este último encuéntrase en toda casa de campo, etc. Y además, al solo nombre de Johnson, un inglés tiene ante sus ojos una individualidad, un personaje que posee el privilegio de vivir todavía, obrando así física como moralmente. Hay treinta poetas vivos, todos originales, todos individuales, que no siguen las huellas el uno del otro, y muy fecundos. ¡Cuántas riquezas! Finalmente, ¡vaya unas aventuras las del infortunado Savage, y las de Shelley! ¡qué coloso ese lord Byron! ¡cuántos tesoros para un alma hastiada del mundo y que no tiene mas amigos que los libros de su estudio! ¡Cómo cuidan los ingleses á sus autores! Reimprímenlos bajo todas las formas. ¡Qué gusto en sus ediciones! ¡cuánta imaginación en sus viñetas! Observad la nación misma: son tan raros en Ingle-terra los hombres de porte vulgar como en Francia los de aire distinguido. Todo es excéntrico en aquel pueblo; me gustan hasta su originalidad, sus trajes extraños. Solamente allí reina el entusiasmo bajo mil formas, y al lado de las ideas positivas mas severas se

encuentran las consejas mas pintorescas. Aquel país reúne todo, lo positivo y lo ideal, la Francia y la Alemania. Es el único asaz fuerte para comprenderlo todo, asaz grande para no rechazar nada.

¡Qué individualidad! Se reconoce al inglés entre mil personas, el francés se parece á todo el mundo.

La abundancia de sectas religiosas en Inglaterra es una prueba de buena fé y de que existen almas que viven de esperanzas, no estando esterilizadas por el materialismo. Las extravagancias individuales de los jóvenes ingleses son una prueba de la agitacion de sus almas. ¡Oh! si viese usted lo que pasa en Francia, ¡cuánto seria su disgusto! A todos los hombres apesadumbra no encontrarse en su centro. Esto mismo causaba á usted no poca pena en Ginebra. Pues bien; me encuentro cruelmente fuera de mi centro, yo que no siento la menor simpatía por la Francia, y que tanto afecto profeso á la Inglaterra; encuéntreme cruelmente alejado de mi centro en medio de una nacion frivola, parlanchína, impía, árida, vana y fria, cuando reflexiono que hay otra religiosa ó terriblemente escéptica, empero á lo menos nó indiferente; nacion donde se adquieren amigos fieles, almas exaltadas, y donde la frivolidad misma, extravagante y singular, carece de ese tono chancero y altamente insípido que tiene en Francia. En el restaurant donde como, reúnen franceses é ingleses. ¡Qué diferencia! Casi todos los franceses muéstranse gascones, vocingleros y ordinarios; los ingleses, nobles y decentes. En fin, amigo mio, siento que un amante puede entretener á un amigo contándole sus amoríos, porque pasion es esta que encuentra eco en todas las almas, y la cosa no se presta al ridículo; pero tal es el acrecentamiento de mis dolores, que no me atrevo á confiarlos á nadie, pues son demasiado individuales, y deben parecer harto ridículos á quien no los ha naturalmente experimentado. Y sin embargo (puedo afirmárselo á usted y espero será bastante despreocupado para creerme), tamaña locura me causa dolores horribles. Todo la despierta: la vista de un inglés, de un libro inglés en venta en la librería de Baudry, las mismas burlas de que son objeto, todo esto me abrasa; son otras tantas puñaladas que avivan mi dolor, lo mismo, sin duda, que cuanto recuerda una mujer ya difunta á un amante apasionado. En una palabra, mi manía hasta me hace mirar con hastío la gloria. Quisiera ser célebre en Inglaterra, y por lo tanto, escribir en inglés. Por otra parte, mis penas me atormentan demasiado para que pueda escribir otra cosa, y por desdicha nada tiene de poético lo que me apesadumbra. No ignoro

que, si yo (suposicion absurda, como todas las suposiciones) fuera inglés, sufriría lo mismo gracias á mi temperamento enfermizo; empero á mí se me figura otra cosa. Semejante persuasion solo es efecto del raciocinio, porque si solo escuchara la sensacion, pareceme que, nacido inglés, podría soportar todos mis males. Representóme lo que soy como organismo y como espíritu, pero nacido lord inglés y rico. ¡Todos mis gustos, todas mis vanidades quedarían satisfechas! Cuando comparo esa existencia con la mia, pienso volverme loco.

Con todo, amenudo me ha acudido una idea; pero ¿qué pueden las ideas contra las pasiones? La idea es esta: si precisamente no fuera lo que soy, no existiría; sería otro sér y no yo; mi yo homogéneo, idéntico é individual quedaría destruido; ¡mis pensamientos serian distintos! Nadie quisiera trocar su individualidad por la de otro, y nadie se contenta con lo que es. ¡Qué contradiccion! Contentémonos con lo que somos. Es tanto lo que sufro que me parece que trocaria mi suerte por la de cualquiera, grado de dolor á que hasta ahora no habia llegado. Si fuera preciso aceptar la suerte de otro, esto equivaldría á morir. La muerte no es

otra cosa que la destruccion del yo. Mas ¿qué estoy haciendo? ¿qué irresistible manía me arrastra? ¡Ay, amigo mio! Cuanto mas sondeo nuestra naturaleza mas me persuado de que, piezas necesarias de un conjunto que no vislumbramos, desempeñamos un papel que algun día nos será revelado. Si se me preguntaba: ¿Creeis en la existencia de Dios, en la inmortalidad del alma? contestaria: ¡Preguntas absurdas! Dios existe porque es necesario; y creo que nos hallamos aquí abajo en una posicion falsa, transitoria, intermedia. ¿Hemos existido en otra parte?

¿reviviremos acaso? ¿Como, con nuestra habla limitada y el tormento de nuestras ideas, abordaremos el gran desconocido? ¡Oh! á Dios le veo en todas partes. Ese ardiente deseo de conocerle y de adivinar nuestra naturaleza, esos presentimientos del infinito y esa muralla de bronce, esa muralla de lo imposible, de lo prohibido, contra la cual se estrellan, no solo nuestros sistemas, sino hasta nuestros ímpetus de ideas, todo esto pruébame que hay un sér. Nó, la tierra, con solo fango no hubiese producido séres tan complejos y extraños. Luego, ir mas léjos me parece imposible. Espero y callo. Sé únicamente que aquí abajo brego con el dolor como un atormentado. ¿Tanto sufrimiento hallará su recompensa en esta vida ó en otra parte? Lo ignoro.

Mis males han sido tan acerbos hoy, que lo que comunmente me espanta no me causaba temor alguno. A fuerza de sufrir, la gloria, la felicidad, el porvenir, todo parecíame imposible, indiferente. ¡Oh! ¡si usted supiera las sugerencias infernales que se mezclan con todo esto! ¡Las horrorosas ideas que acuden á mi mente, los tormentos de la duda! ¡Desdichado! no ignoro que lo soy.—Y en esto estriba todo mi mal.—Lo que mas me atormenta, es ver á ciertos hombres, cuyo carácter hácelos felices. Entónces digo para mí: Si todo el mundo sufria, pareceríame de rigor una compensacion general, un paraíso al cabo de esta mísera vida. Empero hay hombres, por mas que parezca increíble, hay hombres dichosos (por su carácter). Estos amenudo preocupáanse muy poco del porvenir, viviendo en la imprevision y satisfechos; el mundo es pequeño para ellos. ¿Por ventura la infelicidad no seria otra cosa que enfermedad cruel, y los desdichados pestíferos atacados de incurable llaga, que sufren á causa de su organismo así como el suyo hace gozar á los afortunados? A pesar de todo, espero y confieso que me parece ver á Dios tan inmiscuido en todas las cosas de aquí abajo, que en resumidas cuentas me echo en sus brazos. Inclínemos la frente, amigo mio. ¿Qué vale levantarse contra lo imposible? Con frecuencia hago un estudio anatómico de mis dolores, contemplándolos fríamente. La idea que en mí predomina es que nada puedo contra ellos.

Desde hace dos meses he vuelto á emprender con tanta energía el estudio del inglés, que leo fácilmente la poesía. En este momento estoy leyendo *Rasselas*. Hé aquí un libro prodigioso. Mi intencion es dirigirme á Inglaterra y á vuelta de algunos años escribir en inglés. J. L —, con quien me une estrecha amistad, me presta las obras de los poetas lakistas modernos de Inglaterra: su lectura me tiene encantado. El Gerando que usted me dió hélo cambiado por un Byron en un tomo. De este autor he leído un pequeño poema—*Ensueño*— que me ha producido efecto mágico. Una señora inglesa, que me da lecciones de su idioma, háme dicho que á los dos años de vivir en Inglaterra escribiría correctamente el inglés, puesto que, dice ella, ahora lo escribo como pocos franceses. Efectivamente, acabo de traducir algo de L—casi sin faltas. Verdad es que el estudio del inglés me roba la mitad del dia.

Mis manías son siempre crueles. ¡Qué fastidio! En fin, doquiera que fijo la vista no veo mas que dolor. Mis medios de vivir constituyen aun un tormento para mí. Actualmente estoy trabajando en una biografía, pero

me hace falta dinero. Confieso que á este respecto me encuentro muy apurado.

Y. G.»

Cuando se reflexiona que el que escribía esto murió al poco tiempo, acuden á nuestra mente toda clase de reflexiones sobre cada línea de tan larga epístola. ¡Qué novela, qué historia, qué biografía esta carta! Ciertamente que no seremos nosotros quienes repitamos las trivialidades de rigor, ni tampoco exigiremos que todos los sufrimientos pintados por el artista los experimente constantemente todo artista; no seremos nosotros quienes censuremos que lord Byron lllore en una elegía y ría jugando al billar; ni tampoco limitaremos la creación literaria y censuraremos al poeta por crearse artificialmente tal ó cual dolor para analizarlo en sus convulsiones, así como el médico se inocula ésta ó aquella fiebre para espiarla en sus paroxismos. Reconocemos más que nadie cuánto hay de real, de verdadero, de bello y de profundo en ciertos estudios psicológicos hechos sobre sufrimientos excepcionales y estados singulares del corazón por eminentes poetas contemporáneos que no por eso pasaron á mejor vida. Empero no podemos dejar de observar que lo más punzante en la carta que acabamos de transcribir, es que el que la escribió debió á ella su muerte. No es hombre que diga: sufro, sino que verdaderamente hay un hombre que sufre; ni hombre que dice: me estoy muriendo. Antes bien hubo un hombre que de veras se murió. No es la anatomía estudiada sobre un pedazo de cera, ni sobre la carne muerta, sino la anatomía estudiada nervio tras nervio, fibra á fibra, vena tras vena, sobre la carne que vive, sobre la carne que se desangra, sobre la carne que da alaridos. Veis la llaga, oís los gritos. Esta carta no es cuestión literaria, ni filosófica, ni poética, ni obra de artista profundo, ni fantasía del genio, ni visión de Hoffmann, ni pesadilla de Juan Pablo, nó: es algo de real, es un hombre escribiendo en un chiribitil. Allí lo teneis enfrente de su mesa atestada de libros ingleses, con la pluma en la mano, el tintero al lado, el papel ante sí, escribiendo línea tras línea, sufriendo y diciendo que sufre, llorando y manifestando que llora, consultando la fecha en el calendario, la hora en el péndulo, abandonando su carta, volviéndola á continuar, dejándola otra vez, encendiendo su cabo de vela para proseguirla. Luego va á comer en un restaurant á veinte sueldos, vuelve á su habitación, tiene frío, y pónese á escribir, á veces sin saber lo que escribe, pues su

cerebro vése tan traqueado por el dolor, que deja caer sus ideas confusamente sobre el papel y que se desparramen y corran en desórden, como el árbol que ve arrancadas sus hojas por el viento impetuoso.

Y si fuese dado notar el estilo agonizante de un hombre, podría hacerse mas de una observacion tocante al estilo de la carta que se ha leído. En general, las cartas que diariamente se dan á luz, cartas de grandes hombres y de personajes célebres, carecen de candidez, de indiferencia y de sencillez. Al leerlas conócese al momento que fueron escritas para que un dia vieran la luz pública. M. Pablo Luis Courier hacia hasta diez y siete borradores de una esquila de quince renglones. ¡Cosa extraña, en verdad, y de la que jamás hemos podido darnos cuenta! Pero la carta de Ymbert Galloix es, á nuestro entender, una epístola verdadera, bien escrita como debe serlo toda carta fluctuante, sin trabazon, suelta, sin pretensiones á la publicidad, y muy segura de permanecer envuelta en el olvido. Es la idea que se abre paso como puede, que se presenta en su candidez sin floreos de ninguna clase, y que se fija casualmente en la frase sin temor de descomponer el pliegue. A veces la idea del autor acaba en un etcétera, y os deja suspenso y meditabundo. Es un hombre que sufre y comunica su sufrimiento á otro hombre. Hé aquí todo. Fijaos bien en esto: á otro hombre, nó á veinte, ni á diez, ni á dos, pues si el auditorio del tal poeta en vez de un amigo lo compusieran dos personas, solo dos, su carta no seria carta, sino elegía, capítulo. ¡Adios naturalidad, abandono, negligencia, realidad, verosimilitud! Presentaríase la pretension á ocupar el puesto de todo esto. Cubriríase con su harapo. Para escribir una carta como la transcrita, tan poco limada, tan punzante, tan bella, sin ser perseguido por la desgracia como Ymbert Galloix, por el solo esfuerzo de la creacion literaria, necesitaríase ser un genio. Ymbert Galloix que sufre es digno de Byron.

Todas las cualidades penetrantes, metafísicas, íntimas, ese estilo las posee; así como ¡cosa notable! todas las cualidades mordaces, incisivas, pintorescas. La carta contiene varios retratos. Algunos han sido delineados muy á la carrera, conociéndose que los modelos apenas han pasado ante la vista del pintor; mas los verdaderos ¡cuán exacto parecido tienen! En general, todos son pintados de mano maestra y se destacan sobre el fondo de un modo bien poco comun. Notable metamórfosis, y que prueba, por la milésima vez, que solo dos cosas hacen poeta á un hombre: el genio y la pasion. Aquel hombre que en sus biografías empleaba una prosa bastante descolorida y en sus elegías una

poesía asaz lánguida, hélo aquí de repente admirable escritor en una carta. Desde el momento en que no se cura de ser prosista ni poeta, conviértese en gran poeta y en gran prosista.

Volvemos á repetirlo, esa carta no morirá. Es una amalgama de las ideas mas extraordinarias que haya tal vez producido nunca en humano cerebro la doble accion combinada del dolor físico y del dolor moral. Para aquellos que conocieron á Galloix, es una autopsia espantosa, la autopsia de un alma. Hé aquí pues lo que había en el fondo de dicha alma: la carta que se ha leído. Carta fatal, convulsiva, interminable, donde el dolor ha rezumado gota á gota durante semanas enteras, durante meses; donde un hombre que se desangra ve correr su sangre, donde un hombre que se lamenta escucha sus lamentos, donde cada palabra está empapada en una lágrima.

Al narrar la historia de un hombre como Ymbert Galloix, no debe escribirse la biografía de los hechos sino la de las ideas. Efectivamente, ese hombre no ha obrado, ni amado, ni vivido; solo ha pensado: ha pensado, y á fuerza de pensar soñó, y soñando quedó desvanecido por el dolor. Ymbert Galloix es uno de los guarismos que servirán algun dia para la solucion de ese lúgubre y extraño problema: —¿Cuánto tiempo emplea en roer un cerebro el pensamiento que no puede abrirse paso y permanece encarcelado en el cráneo? — Lo repetimos: la vida de un hombre como el que nos ocupa carece de acontecimientos; solo tiene ideas. Analizad las ideas y está narrada la existencia toda de semejante hombre. Con todo, hay un hecho, hecho grandioso, que domina tan lúgubre historia: ¡Un pensador que muere de miseria! Hé aquí lo que París, ciudad de la inteligencia, ha hecho de una inteligencia. Esto es cosa digna de meditarse. En general, la sociedad trata á veces á los poetas de una manera bien singular. El papel que desempeña en la vida en ocasiones es pasivo, otras activo, pero siempre triste. En tiempos pacíficos, deja que fenezcan como Malfilâtre; en épocas de revolucion, los lleva á la muerte como á Andrés Chenier.

Para nosotros, Ymbert Galloix no es solo Ymbert Galloix: es un símbolo. A nuestros ojos representa una notable porcion de la generosa juventud actual. En el interior, un genio mal comprendido que la devora; exteriormente, una sociedad mal asentada que la ahoga. No hay salida posible para el genio cogido en el cerebro: no hay salida para el hombre cogido bajo la sociedad.

En general, ni los hombres que piensan ni los que gobiernan

se ocupan bastante en nuestros días de esa juventud que rebosa en toda suerte de instintos y que se precipita con tan inteligente ardor y tan resignada paciencia en todas las direcciones del arte. Esa multitud de espíritus jóvenes que fermentan entre sombras necesita nuevos horizontes, aire, luz, trabajo, ancho campo. ¡Qué de cosas grandes podrían hacerse, si se quisiera, con esa legion de inteligencias! ¡cuántos canales para profundizar, cuántos caminos para abrir en la ciencia! ¡cuántas provincias conquistables, cuántos mundos nuevos en el dominio del arte! Pero nó: todas las carreras están cerradas ú obstruido su paso. Déjase que todas esas actividades, tan diversas y que de tanta utilidad pudieran ser, se amontonen, se despedacen, se ahoguen en callejones sin salida. Lo que podría ser un ejército solo constituye una batahola. La sociedad no es á propósito para los recién llegados. Sin embargo, todo hombre de genio tiene derecho á crearse un porvenir. Bien triste cosa es el ver á todas esas jóvenes inteligencias apenadas, fija la mirada en la luminosa ribera donde se ostentan tantas cosas resplandecientes, gloria, poderío, renombre, fortuna, empujándose en la márgen oscura, como las sombras de Virgilio,

Palus in amabilis unda
Alligat, et novies Styx iterfusa coerces.

La Estigia, para el pobre jóven artista desconocido, es el editor que dice, al devolverle su manuscrito: Dése usted á conocer. Es el director de teatros que dice: Dése usted á conocer. Y el museo que repite: Dése usted á conocer. ¡Ah! pero ¡dejad que empiecen! ¡ayudadlos! Los que hoy día son célebres, ¿acaso no han salido de la oscuridad? ¿Y cómo se adquiere una reputacion por grande que sea el genio, sin museo para el cuadro, sin teatro donde representar la produccion dramática, sin editor para el libro? Para que pueda volar el pájaro, no le bastan sus alas; necesita aire.

Por lo que á nosotros toca, creemos que, en el arte sobre todo, donde un fin desinteresado ha de apasionar á todos los genios, es deber de los que están arriba allanar el camino á los que intenten subir. Os encontrais en la cúspide, tanto mejor: dad la mano á los que trepan. Digámoslo en honra de las letras; en general, siempre ha sido así. No podemos creer en la existencia real de esas á modo de arañas literarias que tienden su tela, dícese, á la puerta de los teatros, por ejemplo, y que se lanzan

desapiadadamente sobre todo pobre jóven oscuro que pasa por allí con un manuscrito debajo del brazo. Que así se arranquen las alas á la mosca, el renombre, la obra y hasta el dinero al desdichado poeta desconocido é impotente, en honor de todos los que escriben para el público queremos ignorarlo, á ser verdad, y no creemos que lo sea. Para el que escribe estas lineas, todo poeta que empieza es considerado como cosa sagrada. Por mezquino que sea el puesto que personalmente ocupe en la literatura, siempre se apartará para que haga sus pruebas un jóven. ¿Sabeis acaso si ese pobre estudiante á quien codeais no llegará algun dia á ser un Schiller? A nuestro modo de ver, todo colegial que hace círculos ó tira lineas en la pared, tal vez sea un Pascal; todo niño que bosqueja un perfil en la arena, podrá llegar á ser un Giotto.

Y luego, opinamos que las generaciones presentes tienen un alto destino que cumplir. Este siglo ha hecho cosas grandes por medio de la espada, y hará asimismo cosas grandes con la pluma. Falta que produzca un grande hombre literario de la talla de su grande hombre político. Preparemos, pues, el camino.

Abramos las lilas.

Toda era grande tiene dos fases; todo siglo es un binomio, a, + b, el hombre de accion, mas el hombre de idea, que se multiplican el uno por el otro y expresan el valor de su tiempo. El hombre de accion, mas el hombre de idea; el hombre de la civilizacion, mas el hombre del arte; Lutero, mas Shakspeare; Richelieu, mas Corneille; Cromwell, mas Milton; Napoleon, mas lo desconocido. ¡Dejad, pues, que se abra paso lo Desconocido! Hasta ahora solo teneis un perfil de este siglo, Napoleon; dejad dibujarse el otro. Despues del emperador, el poeta. La fisonomía de esta época no será prefijada hasta tanto que la Revolucion francesa, que ha adquirido la robustez del hombre en la sociedad bajo la forma de Bonaparte, no alcance idéntica robustez en el arte. Y esto acontecerá. Nuestro siglo todo se encuadrará y pendrase en perspectiva entre esas dos grandes vias paralelas, la del soldado y la del escritor, una todo accion, la otra todo idea, que se explicarán y comentarán incesantemente la una por la otra. Marengo, las Pirámides, Austerlitz, la Moskowa, Montereau, Waterloo, ¡qué epopeyas! Napoleon tiene sus poemas; el poeta tendrá sus batallas. ¡Que venga, pues, el poeta! y repitamos esta exclamacion sin descanso. Que salga de las filas de esa juventud, donde todavía yace, sumida la frente en la oscuridad, que salga ese predestinado que debe, en combinacion

algun día con Napoleón, según la misteriosa álgebra de la Providencia, dar al porvenir completada la fórmula general del siglo diez y nueve.

*Extraído del libro Hombres Célebres

Traductor: Mariano Blanch (1891)

Texto revisado y preparado por José García Postigo.

Fecha realización: Marzo, 2012.

Lugar: Melilla (España.)

20102 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo